EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM. 11265

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península—Un mes, 2'pras—Tres meses, 6'id—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1. y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN MAYOR 24

MIÉRCOLES 24 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MÉDICO

Centro general de vacunaciones

Horas de curación y consulta de 9 á 11 de la mañana y de 3 á 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—*De ternera controlada, viruela, antirrábica, y contra las enfermedades de los ganados.*

Sueros.—*Normal, antidiftérico, antituberculoso, antiestreptococcico, polivalente y artificial de Cheron.*

Jugos orgánicos.—*Aplicación para el método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica.*

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y á domicilio, y se expenden por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, á los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CANDIDO

MURALLA DEL MAR, 83

CARTAGENA

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

¿ES BURLA?

Si no estuvieran calificados de inútiles los rebeldes filipinos y si su proceder desde que se levantaron en armas no los acreditara de salvajes, los acreditaría de tales la cuestion de los prisioneros, tan dolorosa, tan humanitaria y tan interesante para todo el mundo menos para Aguinaldo y sus secuaces.

Ya trae fecha tal cuestión. A partir del 13 de Agosto fué puesta sobre el tapete y aunque se han propuesto diferentes soluciones, ninguna de ellas ha encontrado al cabecilla propicio a conceder la libertad.

Peticiones oficiales de la desdichada España; súplicas particulares aconsejadas por deber humanitario; gestiones hechas por los norte-americanos; iniciativas generosas partidas del extranjero y ofertas cuantiosas de numerario, todo eso se ha agitado en torno del engreido cabecilla á quien el poder desvanece hasta el punto de presentarlo en ridículo.

Las Camaras de Comercio pidieron la libertad de los prisioneros en nombre de la civilización y fueron desoidas. Secundó aquellas gestiones una comisión filipina y no tuvo mejor suerte. Tomo cartas en el asunto el gobierno de Mac Kinley y se le dió la respuesta del silencio. Interpusieron su influjo los franceses y no tuvieron mejor fortuna.

La respuesta de Aguinaldo ha sido siempre la misma: no se aviene á poner en libertad á los prisioneros, pero para cada negativa emplea razonamientos distintos.

Primero manifestó que trataría con el gobierno de España por esperar que esa gestión bastaría para el reconocimiento del gobierno filipino; y cuando el gobierno español enviaba comisionados para arreglar el asunto, dijo que no trataría con el que mató á Rizal. Sin embargo, avínose después á dejar á los españoles mediante unos cuantos millones y cuando estaba listo el dinero, se arrepintió bajo el pretexto de que la retencion de los prisioneros mejoraría las condiciones de paz si se decidian á entrar en tratos con los yankis. Esto sin perjuicio de renunciar luego á los tratos, faltando por vigésima vez á su palabra.

Ahora parece que desea tratar con el Sr. Pí y Margall y, francamente, nos llena de admiración el deseo de Aguinaldo.

¿Qué tiene el jefe de los federales para que desee tratar con él el jefe de la algarada filipina?

¿Es un capricho ó una burla?

Sea lo que sea, no creemos que se niegue á intervenir el anciano expresidente. Se trata de una obra humanitaria y no hay otro remedio que cumplirla, aunque esta gestión que los filipinos desean resulte una burla del malvado cabecilla.

TIJERETAZOS

Dice «El Noticiero Universal» de Barcelona, que nueve soldados españoles que se quedaron en tierra en Port-Said, á la salida del correo en que regresaban á España, se presentaron al cónsul exponiéndole su situación.

Y el cónsul los envió á la cárcel.

Buen premio para los que acaban de pasar tantas fatigas y peligros por la patria.

Y magnífico ejemplo dado á los extranjeros para que nos sigan respetando como hasta aquí.

¿Estaremos dejados de la mano de Dios?

—

Aguinaldo ha designado una comisión filipina para que visite á Otis y trate de la paz.

Y solo ha podido presentarse á desempeñar el encargo media comisión.

La otra media ha tropezado con el general Luna, filipino él, y á más de filipino, traidor y despreciable y se ha empeñado en reducirla á cuartos.

¡Pero qué bien está la tagalería desde que se gobierna por sí sola!

¡Como dure mucho tiempo la juerga no quedan ni rabos.

—

Los americanos están que revientan de satisfacción.

El mal humor que los tenía á punto de mandar á paseo á Mac-Kinley por haberlos metido en la aventura filipina, se ha tornado en alegría bulliciosa ante el anuncio de que Aguinaldo se humanina y solicita la paz.

¡Qué fiesta!

Aguinaldo está celoso del general Otis y para demostrarle que no es monopolizador de la mentira trata de batirle el *record*.

El cabecilla filipino habla de la paz como habla de sus victorias el general americano.

Ni el uno desea lo que pida ni el otro ha saboreado triunfo alguno.

Conque no canten victoria los yankis, por si hay que volver á poner cara feroche.

LA PRIMERA COMUNION

El lunes, día 22 del corriente, llegó á esta el Excmo. é Iltmo. Prelado diocesano acompañado de su joven sobrino D. Tomás Heredia y del presbítero familiar D. Antonio Gris, para administrar la primera comunión á las niñas del Asilo de la Purísima, alumnos de los Hermanos Maristas y casa de Maternidad, acto solemne que tuvo lugar al siguiente día de la llegada del señor Obispo, en la iglesia parroquial de Santa María.

Numerosos fieles asistieron á la tierna y sublime ceremonia de ayer. A las ocho revestíase el Prelado en el altar mayor de la iglesia y asistido de cuatro sacerdotes empezó el santo sacrificio, mientras en el coro se alzaban dulcísimos cantos en honor del Misterio Eucarístico.

Lentamente, la numerosa muchedumbre invadía los espaciosos senos del templo, se apiñaba ante la verja del comulgatorio y avanzaba hasta la mesa eucarística, postrándose reverente en las mismas gradas del presbiterio, y cuando llegó la hora dichosa, el momento de la comunión, al descender del altar el venerable Pontífice, trayendo en sus manos el cuerpo sacramentado del Dios vivo, ante el Soberano Señor se inclinaron todas las cabezas y por El latieron con amor todos los corazones.

Instante de silencio, de adoración, poderosamente bello, digno de la Religión Sacrosanta que lo procuraba, fué aquel instante, más para sentido que para descrito, en que abajo, casi tocando el polvo de la tierra, los labios daban paso á la plegaria, á la alabanza, á los sentimientos más inmateriales del corazón, arriba la figura humilde y respetable del Obispo, mostraba al que ayer, hoy y eternamente recibirá las bendiciones de todo el Universo, y más arriba, la suave melodía de la música y el vibrante rumor de las campanas anunciaban dentro y fuera la inefable y divina solemnidad.

Se leía en el rostro de los niños cuando se acercaban al Sacramento, un deseo vivísimo de recibirle y consagrarse á Jesucristo; se retrataba en aquellos semblantes, el alma enamorada de las perfecciones de Dios, el alma generosa del niño, tierna y poderosa á la vez, expontánea, delicada, que no cifra límites en su amor, y que se entrega totalmente al amado empujada de su misma inocencia.

El niño sabe que la primera comunión es el acto, acaso, mas trascendental de su vida; así lo oyó de sus padres, así lo aprendió desde que brilló en su inteligencia la primera luz; años antes vió que otros niños se acercaban y les vió acercarse al altar con envidia; es pues, desde el principio, Jesucristo el objeto de sus castos amores, se acostumbra, muchos días antes de que llegue para él esta hora venturosa, á meditar en el Dios Omnipotente y Bueno que vendrá á morar en su alma; la idea capital de Dios se va suavemente dibujando, con sus infinitas proporciones, en la naciente razón del niño, depositando á la vez, en su pecho con el conocimiento de su pequeñez, el precioso tesoro de la humildad; aprende á conocer á Dios y á conocerse á sí y de este provechoso estudio deduce que para recibir al mismo Dios es necesario hacerse antes semejante á El, es necesario ser virtuoso, pues sus destinos como cristiano, van unidos de una manera tan estrecha con el Dios de la virtud y de la santidad; por eso el alma del niño está sumergida en la única idea de aquel acto que realiza, dependiente con todas sus po-

El sacristan tomó el farol y las llaves, y dijo á Bizarro, dirigiéndose á una puerta situada en el fondo de la cocina:

—Seguidme.

Atravesaron un pasadizo, después la sacristía; por ella pasaron al presbiterio, bajaron sus gradas, y en un costado de la iglesia se detuvo el sacristan junto á una pequeña puerta que abrió.

Inmediatamente empezaban unas pendientes escaleras, anchas lo bastante para que pudiese caber por ellas un cadáver y sus conductores.

Al fin de aquella escalera se encontraron en el panteon, que era pequeño, húmedo, de bóveda deprimida, con tres andenes de nichos en cada uno de sus cuatro lados.

El sacristan estendió su largo brazo y señaló con un dedo rígido un nicho, situado en un ángulo, y correspondiente al anden inferior, y dijo:

—Allí está sepultada vuestra mujer.

—Pues bien, dijo Bizarro, que habia fijado una mirada candente en el nicho: mientras yo rezo por su alma, subid y cerrad la puerta del panteon.

—No es necesario, dijo el sacristan.

—Si es necesario, dijo Bizarro: vuestra mujer será capaz de venir silenciosamente á escuchar lo que hablemos.

—Mi mujer no se atrevería á tanto.

—Hay un móvil que impulsa á las mujeres contra todo temor: la curiosidad: id y cerrad.

Sinforoso, maravillado de que hubiese un hombre que le dominase, dejó el farol sobre el húmedo suelo terrizo del panteon, subió, cerró la puerta y volvió á bajar.

Encontró á Bizarro de pié é inmovil en el mismo lugar donde le habia dejado, con la mirada tenazmente fija y con una espresión terrible, en el nicho de María de la Cinta.

VIII

—Este hombre no se arrodilla para rezar, pensó el sacristan; y si reza, parece que blasfema: así miraría el diablo una sepultura.

Bizarro se volvió y dijo al sacristan:

—Entended bien lo que os voy á decir: si no obedeceis piegamente las órdenes que voy á daros, sereis considerado como reo de alta traición contra el rey nuestro señor.

—Eso no puede ser, porque yo no puedo ser traidor, dijo el sacristan, procurando disimular por vanidad la espresión de terror que habia asomado á su

frase: siento no haberlos enviado á la eternidad: me hubieran indultado del mismo modo.

IX

El sacristan, que desde el principio habia considerado á Bizarro como á un hombre temible, acabó por ver en él á un gigante.

—¡Con que os han indultado! dijo: pues mirad, me alegro; porque segun ha dicho el tio Ciriaco el posadero, que lo vió todo, vos tuvisteis mucha sazón.

—¿Y qué mas forasteros hay en el pueblo? dijo Bizarro.

—Los criados de esos caballeros, dijo Sinforoso, contrariado porque Bizarro no se franqueaba con él.

—A mas, á mas de los criados, dijo Bizarro.

—Una especie de dómine que ha venido hace dos dias de Madrid, y vive en la posada.

—¿Qué novedades ha habido en el pueblo desde que están en el heridos esos guardias?

—Han venido dos médicos y dos cirujanos.

—¡Ah! ¡con que tenemos mas forasteros!

—Sí, sí señor; lo repito; son tantos, que por el pronto no se acuerda uno de todos ellos.

—Pues recordad bien, no sea que quede alguien.